

¿ES AHÍ ESPERANZA ROY?

¿Es ahí Esperanza Roy? ¿Cómo, que no es ahí, que ahí es el Teléfono de la Esperanza? Usted perdone, me parece que nos hemos confundido de Esperanza, no, no nos sirve, no es lo mismo, sí, claro que estamos llenos de esperanza, pero ahora la que nos urge, compréndalo usted, es la otra, la Esperanza Roy, que está, cómo le diría yo a usted, para no faltar, bueno, pues eso, que está como más urgente, usted ya me entiende, padre.

Rin, rin. ¿Es ahí Esperanza Roy? ¿Que está poniéndose la última pluma para salir a escena, cómo, que se le ha perdido una pluma? Es igual, si no la encuentra que se ponga un bolígrafo, ella queda bien con todo... Ah, por fin, señorita Esperanza, usted perdone, ya sabemos que está usted muy ocupada con tanta revista y tanta película y tanto teatro y tanto sexy y tanta tele y tanto como tiene usted de todo, aquí somos unos que nos queremos echar al monte, sí, es lo moderno de ahora, la política que se lleva, y como el monte es muy aburrido, habíamos dicho digo, vamos a llamar a esa señora que está tan bien a ver si quiere

venirse con nosotros al monte, que el monte ya no es como entonces, compréndalo, que iba uno lleno de ilusiones juveniles, de ardor guerrero, que ahora en el monte hace mucho frío, ya a nuestra edad, y qué hago yo en el monte, con lo que está cayendo, por eso dije digo a ver si aquí la señorita quiere echarse conmigo al monte.

¿Cómo, que usted de política nada? No, si esto no es política. ¿Que de alpinismo tampoco? (La tercera, señorita Roy, la tercera, señorita Roy). ¿Que le han dado a usted la tercera, y eso qué es? Ah, que tiene que colgar, bueno, pues ya sabe que la esperamos en el monte. ¿Es que de verdad no quiere usted echarse conmigo al monte? ¿Pues adónde quiere usted que nos echemos? Sí, si quiere puede traerse usted a Zorí y Santos, que también nos caen muy majetes, pero en otro plan, claro, y que nos cuenten chistes en el monte mientras hacemos la revolución pendiente. Ande, véngase, mujer, a usted qué le cuesta, mire que si usted no viene no nos echamos al monte y va a ser peor, porque se echarán otros, a lo mejor los rojos. (La tercera, señorita Roy, la tercera, señorita Roy.) Me parece que ha colgado. ■ MARCEL.



EL DRAMATICO ASUNTO DE LAS CERO QUINCE

EL intento de cerrar los teatros prácticamente a la puesta del sol viene desde muy atrás, pero el de que no haya teatros, que es de lo que se trata, se pierde en la noche de los tiempos. No sé a quién se le habrá ocurrido la idea de que el español se vuelve malo por la noche. Hasta hubo una ofensiva contra los niños. Recuerdo que no hace mucho la televisión, prácticamente a la hora de la merienda, cantaba aquello de «V a m o s a la cama...». «¿Cómo vamos?», decía un niño que yo conozco. «Si me voy a la cama, es yo solo». Recuerdo también que los niños no solamente no jugaban ya con el aro, sino que tampoco pasaban por él, con lo cual la subnormal cancioncilla de la «tele» resultaba más bien tontísima. Ahora quieren cerrar los teatros a las cero quince. Ya puede estar Segismundo diciendo aquello de «Hipógrifo violento», u Oteló cargándose a Desdémona, que como den las cero quince

Vosotros que predicáis sin cesar un infierno a los cristianos, y sin embargo gustáis de las dulzuras de la vida puesto que sois tan buenos comediantes dejad en paz a la comedia.—François Gacon. 1669.



los teatros se cierran y si te he visto no me acuerdo. Es como el cuento de la Cenicienta, poco más o menos. Y es que lo que dice mi abuela, que está muy bien conservada. «Para irme a la cama a las cero quince no me levanto».

«¡Hombre, abuela!», le digo yo. «Nada, nada, yo no me levanto, y que venga el lobo, si quiere», dice. Lo que yo pienso es que tenían que ser más estructuralistas, tener en cuenta la estructura. Vivimos en el irredento mundo del pluriempleo, y a un desheredado que está hincando el pico hasta las nueve o las diez no se le puede decir que se acueste a las cero quince. Y si se acuesta es para hacer teatro, en vez de verlo. Como en Francia y los Países Bajos. A las cero treinta veremos una nación silenciosa y apagada. Creerán que los españoles duermen soñando con los angelitos. No. ¡Acechan! Hay algo mil veces peor que un español bostezando en el teatro: un español acechando. Treinta y cinco millones de consumidores acechando es algo que literalmente da miedo. Y menos mal si no se ponen a leer. Porque entonces... ¡Ay, entonces! ■ LICANTROPO.